

I. El guaraní que nos une y el que nos desune

Bartomeu Meliá

El sentimiento de que la lengua guaraní es un paisaje «natural» del Paraguay en el que vivimos, nos movemos y somos, es compartido por propios y extraños; incluso por quienes no hablan el guaraní. Sin guaraní el Paraguay no sería Paraguay, se dice y se siente.

El paisaje lingüístico del Paraguay

Este sentimiento está registrado en una reciente investigación llevada a cabo por Celsa Añazco y Rosalba Dendia, publicada bajo el título de *Identidad Nacional. Aportes para una reforma educativa* (Asunción, CIDSEP, 1997). En las cuestiones dirigidas a los jóvenes se hizo una pregunta que se refiere al «paisaje paraguayo» y su significación. Tanto para los jóvenes urbanos como para los jóvenes rurales ese paisaje es altamente significativo en un 92,5%, y poco significativo en un 5% para los urbanos y en un 7,5% para los rurales (si bien son los que están más directamente inmersos en él).

Estas cifras relativas al «paisaje ecológico» se corresponden muy de cerca con las que se refieren a la pregunta siguiente:

El guaraní, ¿favorece la identidad?

	Jóvenes urbanos	Jóvenes rurales
<i>Sí</i>	85%	90%
<i>No</i>	15%	7,5%

El común sentimiento de compartir un mismo paisaje cultural y lingüístico como formador de la identidad nacional es «un dato fundamental para poder afirmar que ‘ser paraguayo’ y ‘hablar guaraní’ son casi sinónimos», según conclusión parcial de las encuestadoras (p. 124). Hay que advertir, sin embargo, que estos resultados vienen contrarrestados por una realidad altamente dramática, cuando se trata del uso de la lengua.

Uso cotidiano del guaraní

	Jóvenes urbanos	Jóvenes rurales
<i>Mucho</i>	10%	62,5%
<i>Poco</i>	40%	35,0%
<i>Nada</i>	50%	2,5%

Como se ve, un alto porcentaje de jóvenes urbanos ya no estarían usando el guaraní pero aun para ellos esa lengua es una referencia de identidad; todavía es su «paisaje» cultural. Es lo que los sociolingüistas califican de lealtad. Existe una lealtad lingüística que va más allá del mismo uso. Puede incluso darse lealtad hacia una lengua, aun entre los que no la usan; como también lo contrario, falta de lealtad con su propia y única lengua por parte de un monolingüe que ve en ella una limitación que lo rebaja y discrimina.

Cuando por los años 1960 y 1961, la doctora Joan Rubin observaba y estudiaba la situación lingüística del Paraguay –véase su libro *Bilingüismo nacional en el Paraguay* (México, Instituto Indigenista Interamericano, 1974), versión castellana del original en inglés de 1968– ya notó la gran lealtad de la mayoría de los paraguayos con la lengua guaraní, lealtad expresada con frecuencia con entusiastas hipérboles y con exaltado orgullo. Los testimonios de aquella época se repiten de diversas formas en la actualidad.

«El guaraní es, en realidad –anota Joan Rubin (p. 60)–, reconocido por muchos como la fuerza unificadora más importante del país». El valor de unificación social viene aumentado y reforzado por otras razones de lealtad: porque sirve para diferenciar al Paraguay de sus vecinos; porque es otra lengua más, que amplía el conocimiento; porque tiene propiedades lingüísticas que no tiene el castellano; porque posee un extenso vocabulario en los campos de la botánica, la medicina y la agricultura; por su «musicalidad extraordinaria, sus apropiados mecanismos descriptivos y sus cualidades poéticas»; por sus propiedades tanto para la expresión de ideas abstractas como para la de los sentimientos íntimos; porque refuerza el nacionalismo paraguayo, etc.

Todo lo expuesto hasta aquí probablemente no pasa de expresiones emocionales y actitudes psicosociales, pero que no carecen de fundamento. Y es que lo que le pasa al guaraní le pasa al Paraguay; sus bienes y sus males se viven en su lengua. Por mi parte quisiera marcar una serie de elementos del guaraní que nos une, no tanto desde la perspectiva de las actitudes, cuanto de la comunicación.

El común modo de hablar

Hay una manera de hablar el guaraní en cuanto a su pronunciación y a su entonación que es muy común entre todos los paraguayos y las paraguayas. Las diferencias dialectales en este campo son pocas. Esto permite establecer lo que los lingüistas llaman un sistema fonológico general y ordinario para el guaraní paraguayo actual. El guaraní paraguayo, el que se mama y el que se balbucea desde la infancia es un guaraní bastante común entre todos los paraguayos. El sistema de sonidos está muy bien determinado. Un paraguayo no confundirá la pronunciación de *poty*, *poti* y *poti*, para dar algún ejemplo. Ni tendrá dificultad en decir *Ky'[y]indy* o *Kykyo*.

Con ello no quiero decir que no haya necesidad de estudios fonológicos más detallados a partir de modos de hablar regionales y locales. La fonología de los guaraníes indígenas, por ejemplo, difiere considerablemente de la del guaraní paraguayo. Esto prueba que ha habido factores y procesos históricos que han producido esas diferencias. Pero éste es ya otro asunto.

En la entonación de la frase guaraní hay también gran uniformidad. Ese «acento» distingue profundamente al hablante paraguayo y le confiere justamente un profundo sentido de unidad. Aun aquellos extranjeros que dominan otros aspectos de la lengua, difícilmente consiguen agarrarle el *quid* —el *karaku*— al modo de hablar de un paraguayo nativo.

Las mismas reglas para todos

Lo mismo ocurre en el campo de la formación de las palabras y de la combinación de palabras para formar frases, en las que entran sustantivos, verbos, adjetivos y un considerable número de elementos modificadores. Es gracias a esto que los paraguayos y las paraguayas se entienden entre sí cuando hablan; cada uno de ellos usa el mismo sistema para referirse al futuro, o al pasado, por ejemplo, y expresa del mismo modo las circunstancias de lugar y tiempo. *Ko'[e]ro aháta Paragua[y]pe*, no es lo mismo que *ah kuri Paragua[y]pe*, y así en los demás modificadores verbales. La lengua tiene suficientes recursos para que los hablantes del guaraní sepan muy bien lo que quieren decir, mientras que la traducción al pie de la letra haría perder el matiz y hasta podría llevar a engaño.

Esto es lo propio de todas las lenguas, y es lo que establece contrastes tan significativos entre unas y otras. En este sentido, ninguna traducción es

enteramente exacta. Y es por ello por lo que se insiste, y con razón, en la necesidad de entender la lengua desde dentro, y no pensarla desde otra por vía de mera y continua traducción. La mejor *traducción* puede tomarse fácilmente en la mayor *traición*. Y traicionar la propia lengua es traicionarse a sí mismo.

El sistema mediante el cual las palabras se juntan unas a otras será el fundamento de la gramática. Y no hay ninguna lengua que no se use conforme a una «gramática», aunque ésta nunca haya sido escrita. Es un hecho sobre el que debe insistirse. Personas que desconocen enteramente la escritura han hablado y se han entendido entre sí gracias a reglas y a modo de decir que son comunes de toda aquella comunidad o grupo. Esto es lo que nos une cuando hablamos. Esta es la lengua que nos une, ya que las palabras se unen conforme a reglas y a sistemas compartidos por todos los hablantes. No es por acaso que se suele afirmar que no hay verdadera unión hasta que dos personas no usan la misma lengua. También en este capítulo se puede observar que el conocimiento de los recursos de la lengua puede ser mayor o menor, e incluso ser tan limitado y bajo que se constituya en un desnivel tan grave y un obstáculo tan grande que hagan peligrar la recta comunicación entre dos personas. Pero el guaraní que hablamos —el que nos hablamos— creo que no ha llegado a este caso extremo. El guaraní ordinario posee todavía los suficientes recursos ordinarios para sentirnos unidos a través de él y en él.

Un *jakare* es y no es un *jakare*

El tercer campo constitutivo de la lengua lo forma el mundo de los significados, es decir, las palabras usuales de vocabulario. Para el común de los paraguayos que usan el guaraní las palabras tiene sentidos compartidos mutuamente por los hablantes; *jakare* es un animal que no será confundido con un *teju*; y *aguata* no es lo mismo que *aguapy*. Pero viviendo la cultura de un grupo o comunidad sabré que no todos los *jakare* son animales, y que humanos lo son. Y uno puede decir *jaha* y quedarse sentado.

Hay, gracias a Dios, un guaraní esencial de uso corriente, que tal vez no supera las mil palabras —descontando los compuestos y los sufijos— y que permite una enorme riqueza de combinaciones y expresiones sobre casi todos los asuntos de la vida ordinaria. Las lenguas esenciales son también las que usan los hablantes ordinarios del inglés, del francés, del castellano —aunque los diccionarios que incluyen todas las palabras «históricas», arca-